



Sic transit...

“Dedicado a los que nunca envejecieron y a los que lo hicieron demasiado pronto, en ambos bandos. Para que nunca sean olvidados.”

El autor

“Galitzia 1914

Liebe Helga.

Como te prometí te escribo desde nuestro nuevo emplazamiento. Al fin hemos salido de ese maldito avispero que llaman Serbia. Ahora, con la perspectiva que permite la distancia de unas semanas, pretendo relatarte los hechos que han precipitado el traslado de mi unidad.

Estábamos en la vanguardia del gran ataque que debía vengar el horrendo crimen perpetrado por esos simios maquiavélicos contra nuestro amado archiduque y su esposa. Estoy seguro de que no éramos muchos los que podíamos considerar el asunto como algo personal pero allí estaba el imperio entero dispuesto a vengar la afrenta. Cintas de colores rojo y blanco adornaban nuestras lanzas. Era un espectáculo maravilloso, como cuando desfilábamos ante la catedral de San Esteban las mañanas de Domingo, con la única diferencia de que tú no estabas entre el público para saludarme. Nuestros caballos relucían de limpieza con el Sol de la mañana. La infantería nos seguía con sus hermosos uniformes azules en ordenadas columnas. Tras ellos las piezas de artillería de campaña y suministros tirados por 2 o 3 parejas de fuertes caballos.

Nos adentramos en aquella tierra maldita por un valle cuyo nombre no volverá a salir de mis labios ni quedará plasmado jamás por mi pluma. Súbitamente la tierra comenzó a saltar a nuestro alrededor y pude ver a no menos de 10 de nuestros jinetes con sus caballos volando por los aires. Ordené a mis hombres apresurar el galope mientras intentaba localizar desde donde nos disparaban. Era inútil, apenas podía ver a donde me dirigía entre tantas explosiones. Parecía como si todas las malditas montañas vomitaran fuego sobre nosotros. Si te soy sincero, no sé dónde fui ni que hice en la siguiente hora. Recuerdo una pequeña casa de piedra semiderruida, 4 o 5 de mis hombres junto a mí y tener a Bengel firmemente sujeto por las riendas acariciándole para que no enloqueciera. Sé que perdí la lanza porque no la tenía cuando volví a atravesar el campo de batalla de regreso. Tampoco disparé un solo tiro con la carabina. Aquella hermosa campiña por la que avanzábamos estaba ahora cubierta de una neblina de olor metálico y salpicada de cadáveres salvajemente mutilados. Nuestra artillería de largo alcance martilleaba ahora a los malditos serbios en sus

refugios. Poco después, llegué a nuestra retaguardia. Puedo asegurarte que la horrible matanza no hizo más que reafirmar nuestra convicción de borrar este aborto de nación del mapa.

No quiero aburrirte más con esta guerra que sin duda acabará pronto. Estamos acuartelados en una bonita aldea polaca. Bengel es el que más disfruta de este hermoso destino. Nunca podré agradecer lo suficiente a tu padre tan magnífico caballo.

Los rusos apenas se dejan ver por este sector. Tan sólo un día intercambiamos disparos con una patrulla de cosacos a gran distancia, demasiado lejos para alcanzarnos, pero que sirvió para ponerlos en fuga. Me desagrada tener que disparar a rusos que no nos han hecho nada. En verdad, no comprendo como un caballero de tan noble cuna como el Zar Nicolás puede defender a esos cerdos asesinos y comprometer así a su ejército. Quizás tenga razón tu padre y sean los franceses los que han envenenado su mente llevando a Rusia a esta guerra sin sentido de la que sólo puede obtener desgracias. Mi madre me ha escrito contándome que Ingrid se ha casado como estaba previsto hace unos días y que fue una boda preciosa. Espero que hayas tomado buena nota de los preparativos de tu hermana para cuando te toque organizar la nuestra.

Me gustaría saber si has conseguido decidirte por fin entre Salzburg y Viena para la ceremonia. Ten en cuenta que ahora tenemos 50 invitados más de mi unidad de caballería y debemos procurarles alojamiento también. Cuando tengas tiempo envíame la lista junto con tu carta...”

- Vamos Von Reinhart, ¿Aún no ha terminado con esa carta? Apague de una vez esa maldita vela y acuéstese.
- Está bien Karlmeyer, no hace falta que se ponga así.

Rudolf cerró el sobre y recogió la foto de su prometida de encima de la mesa. Antes de guardarla en la cartera se detuvo unos segundos a mirarla. Helga tenía 21 años recién cumplidos. La había conocido dos años atrás en su baile de cumpleaños. Era una joven de hermosos cabellos oscuros, que en la fotografía llevaba recogidos en un moño. Sus vivos ojos azules no se apreciaban demasiado bien en el retrato en blanco y negro por lo que el fotógrafo los había coloreado magistralmente. El hecho de que fuera una foto coloreada, denotaba el alto status económico al que pertenecía la familia de la joven.

- ¡No va a salir del papel! – volvió a gruñir el capitán de la 2ª Compañía

Sopló la vela y se acostó por no discutir. La verdad es que no estaba cansado y le apetecía pensar en ella.

Helga tenía una hermana, Ingrid, un año menor que ella y de cierta fragilidad en su salud. A pesar de la corta diferencia de edad, Helga había sido siempre la protectora de su hermana y se negó a contraer matrimonio hasta que el futuro de Ingrid estuviera resuelto.

El marido de su hermana era un joven oficial de la marina alemana destacado en Viena en el servicio diplomático. Cayó bien desde el principio por sus refinados modales e imperturbables virtudes militares. Era de buena familia y el médico le había dicho a su

hermana que viajara al menos una vez al año a la costa. Su marido era natural de Hamburgo y tenían una propiedad junto al mar cerca de la costa del Mar del Norte.

Rudolf había aceptado pacientemente las condiciones de su prometida pero, al fin y al cabo, no era de piedra y odiaba que Helga le cortara cada vez intentaba algo más que besarla en la mejilla o cogerla del brazo o de la mano. Sobre todo porque era consciente de que ella misma estaba deseándolo. Siempre la misma sonrisa condescendiente y la misma frase: “Aquí no, querido”.



Algo sonó en el exterior, como un grito ahogado y súbitamente cientos de cascos de caballos. Rudolf se incorporó tomando el fusil y abrió un de los postigos. Un disparo casi le alcanza en la cabeza provocando que se apartara a un costado para disparar.

- ¡Los caballos!
- Ya no hay tiempo para eso – le corrigió Reinhart – Tenemos que echarlos del pueblo como la infantería.
- No seas infeliz. Ni siquiera tenemos bayonetas.

Un quinqué entró por la ventana prendiendo fuego al suelo concluyendo la discusión. Karlmeyer se apresuró a sofocarlo con unas mantas.

Los dos hombres bajaron a toda prisa a la planta baja donde dormía parte de la tropa. Las ventanas traseras ardían de tal manera que sería muy difícil poder hacer nada.

- Tenemos que salir e impedir que dispersen nuestros caballos.
- Señor, nos matarán.
- Debemos llegar a ellos y avisar a la retaguardia.

Una explosión les hizo tambalearse.

- Es una orden soldados.

Los soldados austriacos comenzaron a salir por puertas y ventanas. Los primeros resultaron muertos en el acto, pero en el espacio entre disparo y disparo y algún fallo fortuito. Algunos lograron salir.

Amparándose en la sombra de la noche corrían agachados pegados a los edificios. La guardia de los establos aún mantenía combate a juzgar por las detonaciones de fusilería. Llegaron justo a tiempo para repeler una carga de los cosacos. La furiosa descarga defensiva frenó en seco a la primera línea pero no pudieron impedir que se hicieran fuertes en la valla desde donde continuaban hostigándoles en preparación de una nueva carga, esta vez cuerpo a cuerpo.

Reinhart, como la mayoría de los supervivientes del regimiento allí reunidos había vuelto a dejar la lanza atrás, incluso su sable de oficial y la guerrera y la gorra del uniforme. Conservaba los pantalones y las botas de milagro. Consciente de sus pocas posibilidades, asumió la responsabilidad de retirarse mientras fuera posible.

Así, al frente de los restos de su compañía y la de Karlmeyer, partieron al galope en dirección a Przemysl con intención de informar a sus tropas. En el horizonte la granja y el resto de la aldea ardían. Gracias a Dios no le habían sucedido nada malo a Bengel. Acarició el cuello del animal para consolarse. Le hacía sentirse más cerca de Helga.

“Marne 1914

Liebe Marie.

Hace una semana tan sólo te prometí que te enviaría por tu cumpleaños un perfume francés comprado en el mismo París. Lamento informarte que de momento me va a resultar imposible cumplir mi promesa. Ha habido una batalla terrible a orillas de este río junto al que estaba llamado Marne. Sólo ha durado un día pero nos ha obligado a retirarnos a una línea más defendible.

Apenas nos acercamos a la orilla, recibimos el bombardeo artillero más fuerte que yo recuerde. Por si no nos habían hecho pedazos ya, los franceses aparecieron de la nada por nuestro flanco, cargando a golpe de silbato. Si me preguntas si tuve miedo, no sabría que contestarte. Era una sensación muy extraña de agitación y de mucha tristeza pero no recuerdo pensar si iba a morir. No tenía tiempo más que para cargar, disparar y huir. Si ahora me dijeran que tenemos que volver allí, sí que lo tendría.

He salvado sólo un tercio de los hombres de mi compañía. No te daré números para no acongojarte. Supongo que ya habrás visto muchos crespones negros en la ciudad. Ha sido una jornada muy dura para los hanseáticos y esas noticias te llegarán antes que mis cartas.

No obstante, a pesar de que han frenado nuestro avance a París, los franceses no tienen fuerzas suficientes para contraatacar por lo que podéis estar tranquilos en casa.

No quiero que te preocupes porque no hayas podido darme un hijo antes de mi partida. Cuando vuelva en el próximo permiso, si Dios quiere, lo lograremos por fin. No estés triste Marie. El Kaiser sabrá superar este contratiempo y pronto entraremos en París poniendo fin a esta ridícula guerra. ¡Cuánto mejor harían rindiéndose! Francia está perdida.

Tu marido que te quiere :

Teniente Werner Kessinger 3 compañía 76 Rgt. / 2º Hanseático.”



La guerra había cambiado mucho en Francia. Las ofensivas ahora se llevaban a cabo en Bélgica y Lorena intentando rodear al enemigo.

El regimiento de Werner se había librado de participar en el ataque de Yprès por las elevadas bajas que había sufrido. En lugar de descansar les habían puesto a cavar trincheras, tender alambre de espino y líneas telefónicas. Entretanto, iban llegando algunos reemplazos repletos de la ilusión de los voluntarios. Su visión de los acontecimientos militares engrandecidos por la propaganda de retaguardia, provocaba la sonrisa de los veteranos y, en el fondo subía la moral porque todos preferían que sustituyera a la realidad.

Los días pasaban sin más noticias que las que se originaban en su sector. Ayer mataron a tal soldado mientras patrullaba por la noche, hace tiempo que no nos sobrevuela un Taube, en el pueblo se han quedado sin vino,...Noticias intrascendentes, pero nada sobre Flandes, Prusia Oriental o el frente Austro-húngaro. En el fondo, a nadie le importaba, se suponía que si no había noticias todo iba bien.

Nada más lejos de la realidad. La unidad de Reinhart se había extraviado por la noche para descubrir al amanecer que la ciudad fortaleza estaba sitiada por los rusos y sometida a fuerte cañoneo. Aprovechando los bosques continuaron su penosa retirada a una línea más segura.

“Hamburgo, Diciembre 1914.

Lieber Rudolf.

Me encuentro pasando unos días con Ingrid en la casa de la familia de Paul. Si bien aquí también ha nevado, el clima no es tan frío como en Viena, lo que beneficia a la salud de mi hermana.

El ambiente es espléndido. Da gusto pasear por las calles de Alemania y ver a la gente tan ilusionada con la victoria. Los niños visten pequeños uniformes y las tiendas muestran orgullosas la bandera negra, blanca y roja junto a la nuestra. Todos los edificios públicos exhiben magníficos retratos del Kaiser Guillermo y de Francisco José.

En cuanto detectan nuestro acento austriaco se deshacen en alabanzas a nuestra patria y nos dedican los más delicados cumplidos. Me puedes creer querido, si te digo que no podíamos tener más nobles aliados que el pueblo alemán que tan valientemente afronta los riesgos y sufrimientos en aras de un futuro mejor para Europa.

A pesar de la guerra, se celebró un baile en honor de Ingrid que aún no había sido presentada en sociedad aquí. Paul vino con un permiso de una semana a acompañarnos pero tuvo que volver a Viena hace tiempo. ¡Qué cara pondrá cuando se entere de que en Agosto será padre! Ingrid quiere decírselo en persona cuando regresemos a Viena para Navidad. El baile fue un poco triste. La mayoría de los hombres están en el frente con sus unidades y tuvimos que bailar con ancianos y niños. A pesar de todo fue una velada encantadora. Te eché mucho de menos.

Tengo dos noticias que darte. Una te gustará y la otra menos: Nuestra boda se podrá celebrar en la fecha que deseábamos y será en Viena en la catedral. Sé cuanto amas tu

preciado Salzburgo pero, dado que viviremos allí una vez casados he pensado que me concederías el capricho de que nuestro enlace se celebrase en la capital. Además, sabes bien la reducida movilidad de mi padre y el viaje hasta allí sería un calvario para él. En la capital tenemos buenos amigos y la casa de mi familia tiene estancias espaciosas y un bonito jardín para el banquete y el baile.

Te agradecería que me contases cómo va la guerra porque, la verdad, en casa nos enteramos de muy poco y eso me produce cierta inquietud. En Alemania nos hemos enterado de las grandes hazañas militares de nuestros aliados pero seguimos sin noticias vuestras. Cuéntame todo lo que te suceda. Seguro que hasta te han condecorado.

Sólo vivo para ti.

Tu futura esposa, Helga.”

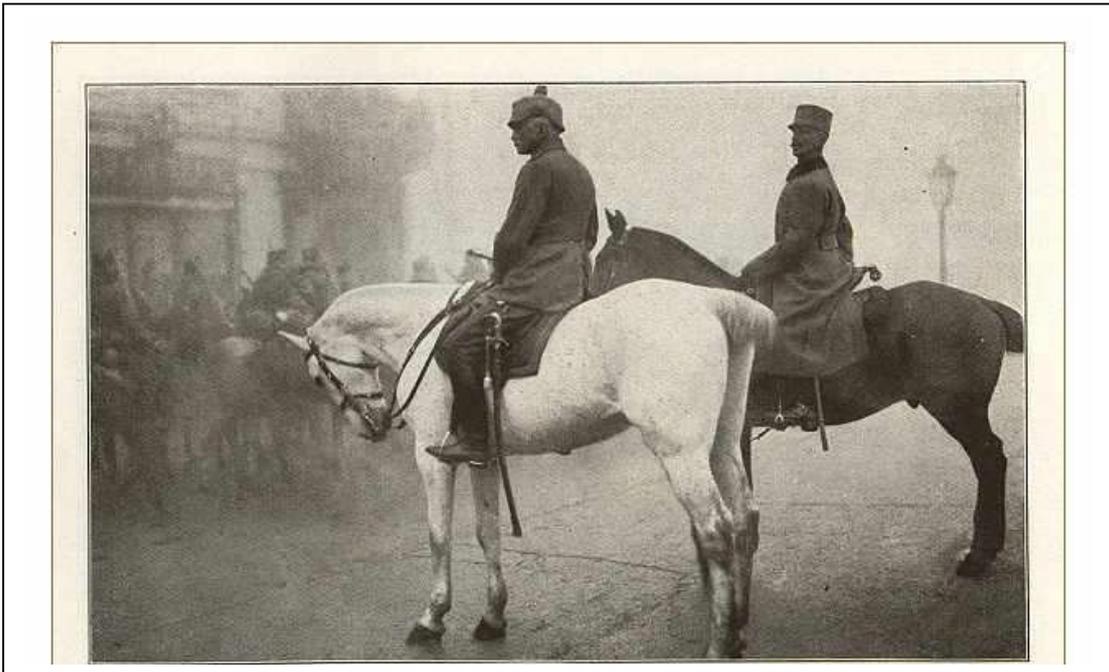
Rudolf plegó la carta con pesar. Si la pobre Helga supiera lo que estaba sucediendo en la frontera... Su compañía reducida a una patrulla. Los antaño lustrosos uniformes ahora cubiertos de suciedad y sangre reseca. Los caballos habían sido enviados aún más atrás mientras que ellos habían sido utilizados como reemplazos para la infantería. Corría el rumor de que el mariscal von Hötendorf al fin había recibido unos cuerpos de ejército alemanes retirados del frente occidental como refuerzo. Ojalá llegasen pronto.

De nuevo la artillería le obligó a cubrirse. Grava y tierra rebotaron sobre el casco de acero que había cogido a un muerto. Tenía un agujero de bala en el costado por el que penetró la muerte a su anterior dueño pero, en el ejército austriaco, eran un bien muy escaso como para desperdiciarlo. La nieve entre las trincheras había desaparecido de tanto remover el terreno la artillería.

Las defensas eran fuertes y profundas, serían inexpugnables si no estuvieran tan extenuados y fuesen tan pocos. Los rusos llevaban casi dos días de cañoneo continuo sobre sus líneas. A este punto las alambradas estaban casi desechas...casi dos días sin dormir. Su única alegría radicaba en un destartalado LVG que reconocía la zona cada pocas horas. El primer día le dispararon ambos bandos pero tras unos días habían aprendido a reconocer al lento biplano.

Reinhart lo miraba embelesado. Cruzaba majestuoso el aire, despacio como un elefante. Los rusos le disparaban con su fusilería pero él continuaba impertérrito y siempre volvía. “Nos ha quitado el trabajo a la caballería” comentó a un soldado a su lado.

Una bengala y docenas de silbatos. Los rusos salían de sus madrigueras. Las pocas piezas austriacas abrieron fuego: demasiado disperso y escaso para frenarles. La Maxim que defendía el sector se preparó para abrir fuego. Un chasquido y luego un tableteo continuo y monótono. Los hombres tomaron los fusiles y comenzaron a disparar. Los soldados rusos caían por docenas pero seguían saliendo de las trincheras. De pronto, detrás de un promontorio tras las líneas enemigas, apareció la caballería cosaca al galope. Saltaron las trincheras propias en un magnífico ejercicio de equitación. A Rudolf le hubiera gustado aplaudir a aquellos excelentes jinetes. Un espectáculo de valor y muerte. Pasaron entre la infantería que corría ya por tierra de nadie.



El suelo se iba cubriendo de cadáveres y heridos. La caballería saltó sobre las trincheras austriacas clavando sus lanzas sobre los defensores que encontraban. La infantería del Zar estaba muy cerca. Hubo una explosión y algo le golpeó en la cabeza. Por unos segundos escuchó gritos confusos. Luego, el silencio.

No era consciente de que le había sucedido ni de cuanto tiempo permaneció en ese estado. La poca luz que había en la sala le hacía mucho daño. Quizás no fuese la luz, sino su cabeza. Se llevó la mano a la frente y sintió unas vendas húmedas. Se había manchado la mano de sangre, sangre suya.

- ¿Qué tal se encuentra? – le preguntó una voz de acento no austriaco.
- Mareado.
- Ha tenido suerte.
- No sé de qué me habla.
- Si no hubiésemos contraatacado y se despierta en las líneas rusas, es probable que no lo hubiese contado.
- ¿Dónde estoy?
- En un hospital en retaguardia. Soy el teniente Kessinger, del 2º Hanseático.
- Capitán von Reinhart, Dragones de Salzburgo. ¡Dios mío, qué dolor en el hombro!
- Tenía metralla. Le operaron hace unas horas. Ha perdido mucha sangre.
- Así debe ser por lo mal que me encuentro. ¿Y Vd?
- Nada de importancia, un tiro en la pierna cuando asalté su trinchera.
- Nada de importancia – tosió riendo Reinhart - ¿A qué llamará Vd. algo grave?
- Basta de cháchara, debe descansar. A mí tampoco me vendrá mal. Nada más bajar del tren nos han mandado a sacarles las castañas del fuego.
- Kessinger...¿mis hombres?

- Lo siento. No encontramos más supervivientes. Quizás regrese alguno todavía de los bosques.
- O los hicieron prisioneros y se los llevaron.
- Sí, quizás – aceptó cabizbajo – Ahora durmamos un poco.

“Hamburgo, Enero 1915.

Lieber Werner.

Me alegro mucho por tus condecoraciones. Tu padre está orgulloso de tener un hijo portador de la cruz de hierro y la insignia de heridos. Por mi parte, me siento aliviada al saber que estarás apartado del frente unas semanas aún. He colgado la foto que me mandaste en el recibidor aunque hubiera preferido que te mandaran a casa de permiso.

Comprendo todos tenemos que poner de nuestra parte y sacrificarnos en estos días, los trenes siempre están abarrotados y tú deberás volver a tu unidad.

¿Qué locura os ha entrado a ese noble austriaco y a ti con volar? ¿No me contabas que aún cojeas y él tiene el brazo izquierdo torpe todavía? No tenéis nada que hacer allí arriba. Sólo podéis caer y mataros.

He hecho indagaciones sobre su cuñada que me contaste vivía aquí. Es la mujer del hijo menor de los von Igel. Es una dama muy distinguida de piel blanca como la nieve y cabellos oscuros. Se dio un hermoso baile en su honor el año pasado y asistió el mismísimo príncipe heredero.

Su hermana, que debe ser la prometida de tu camarada, estuvo aquí con ella antes de Navidad. Las personas con quienes hablé no la vieron directamente pero leyeron en los periódicos que era, al igual que su hermana, a quien todos consideran ya como alemana, “el más bello edelweiss” que nunca dio nuestro aliado.

Aquí estamos todos muy orgullosos. Según la prensa habéis puesto a los rusos en fuga. Ojalá no hubiéramos tenido tantas bajas. Cada día veo más mujeres de luto. Espero que la guerra termine pronto.”

Frente Occidental, invierno 1915-16

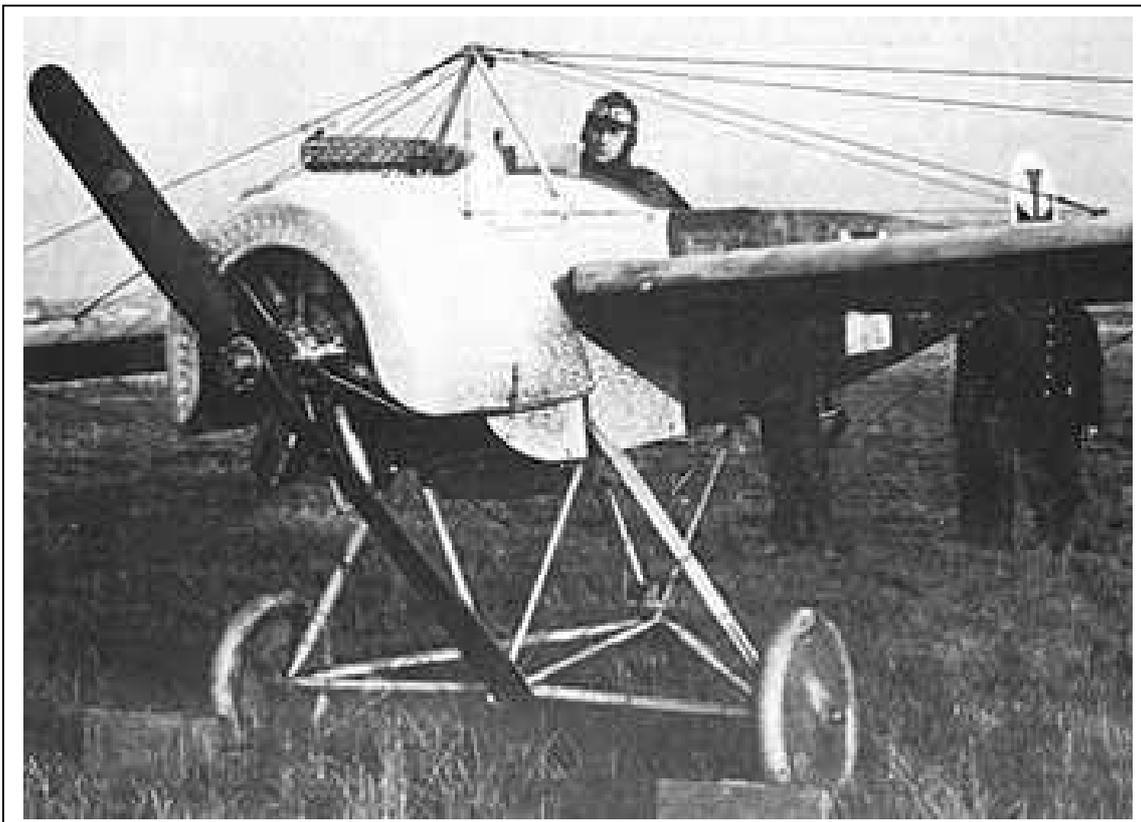
Rudolf al final se había unido a la fuerza aérea alemana. En sus propias palabras, “Austria tenía tan pocos aviones que, la cola para ser piloto duraría 2 años al menos desde el momento que lo solicitase”. Habían tenido la inmensa fortuna de pasar el curso sin accidentes, que no sin sustos. Durante su estancia allí en la Fliegerschule, varios aspirantes e instructores habían perdido la vida o habían quedado trágicamente mutilados.

No pasó mucho tiempo antes de que fuesen destinados a una unidad de reconocimiento en el frente occidental. Allí les asignaron un enorme AEG bimotor. Von Reinhart, como antiguo oficial de caballería especialista en reconocer el terreno iba en la góndola delantera. Rudolf la llamaba “el palco de los ventiladores” y, la verdad, es que las hélices pasaban a muy corta distancia del borde. Había que tener mucho cuidado con la cámara o la ametralladora para no resultar mutilado.

Pilotar aquel cacharro falto de potencia tampoco era nada fácil. Al menos, los 3 timones de cola le daban cierta rigidez a torsión pero pesaba como un demonio. Al estar muy cerca del frente disponían al menos de relativa autonomía, lo cual les permitía ascender tras sus líneas en laboriosas espirales hasta alcanzar una cota más o menos segura.

El “azote de los Fokker” tocaba a su fin con la introducción de aparatos más potentes en el RFC y en L’Armeè del’ Air. Cada día que pasaba se concurría más la zona de fotografía. El AEG G II, no permitía maniobrar para ganar una posición de ventaja frente a un aparato de exploración.

Aún así, Werner, Rudolf y un artillero de cola, variable, subían cada día alegremente a la carlinga. Rara vez se habían encontrado frente a más de 2 aparatos enemigos a la vez y habían conseguido huir del combate gracias a su altitud.



Siempre que era posible, se acercaba al frente a lomos de Bengel para conocer la posición de las unidades estacionadas en el sector y, de paso avisar de su presencia aérea a los oficiales al mando. A sabiendas de la inexperiencia distinguiendo amigo de enemigo repartía entre los soldados unas pequeñas láminas a color como las postales, que tan de moda estaban, del avión dibujadas por Werner y otros compañeros del Kagöhl en su tiempo libre. También tomaba notas sobre el mapa de los lugares más peligrosos o posibles puntos de interés.

Era un gran contraste cada vez que entraba en una trinchera con su reluciente uniforme de teniente. Tropa y oficiales le miraban con indiferencia, como si se hubiera equivocado de lugar y respondían a sus preguntas lo más escuetamente posible; sin tener en cuenta que sus botas estaban hundidas en el fango como las de ellos. Por supuesto, no había comparación con tener que vivir en aquel agujero infecto pero, Rudolf lo prefería a la sequedad del teléfono.

Sólo cuando repartía las postales asomaba alguna vez una sonrisa a los labios de aquellos hombres amargados. “A mí hijo le encantará”, solían responder. En más de una ocasión el fuego artillero le obligó a buscar cobertura cubriéndose de barro. La infantería no podía evitar esbozar una sonrisa al ver a su huésped tan sucio como ellos en apenas un instante.

El escuadrón cubría la zona del Somme, desde Cambrai y Valenciennes hasta Arras. Más o menos desde la separación entre el ejército francés y británico, hacia el Norte.

Las sucesivas ofensivas en Yprès habían horrorizado por su violencia al mando del ejército alemán que había decidido fortificar aún más sus posiciones en todo el frente. Las tropas estaban agotadas física y mentalmente y, ser rotadas de las trincheras sólo implicaba trabajar duro con la pala, por lo que no había descanso alguno. Eso implicaba una vigilancia más laxa en tierra. El esfuerzo de vigilancia lo llevaba a cabo la aviación imperial.

Aquel día reinaba el mal tiempo. Había nubes bajas, lo que imposibilitaba el reconocimiento a alta cota y la vigilancia lejana. El cielo estaba teñido de tonos grises cuando comenzaron a corretear por la explanada los 3 aviones de la misión: el AEG de Werner y Rudolf y 2 Fokker de escolta pilotados por pilotos de la Unidad Aérea 9 que habían pernoctado en la base.

Era la primera que tenían escolta desde el principio y esto les reconfortaba. El AEG había sido pintado de un modo un poco estridente con los colores nacionales para que resultase fácilmente reconocible a las unidades de tierra propias. Por la parte inferior las alas eran blancas para que resaltasen las cruces alemanas, visto desde arriba estaba pintado de negro para confundirse con el terreno y de lado estaba pintado como la bandera austriaca: rojo, blanco y rojo. Imposible de confundir con ningún aparato aliado.

Los Eindecker llevaban el mismo esquema básico de rombos aunque cada piloto había añadido su toque personal. Uno con una inicial y el otro con unas rayas oblicuas en la cola con los colores de la bandera imperial.

Cruzaron sobre las líneas propias a unos mil pies, justo por debajo del manto de nubes. Inmediatamente empezaron a recibir fuego de las trincheras enemigas tan sólo unos pocos cientos de metros más adelante. Los aparatos cruzaron indiferentes ante las balas que silbaban abajo incapaces de hacerles más daño que algún agujero en la tela.

Avanzaron hacia retaguardia, al Norte había globos de observación enemigos y uno de los escoltas se separó tras un saludo con la mano para eliminar la amenaza.

Ambas trincheras estaban bajo intenso fuego de artillería. Era preciso localizar las posiciones de fuego para que los cañones de largo alcance se encargasen de eliminarlas.

De pronto, de entre las nubes surgió un DH2 disparando e incendió al desventurado escolta de las franjas diagonales que volaba por delante. Reinhart, agitó la mano derecha a ambos lados para indicar a Werner que cancelara la acción evasiva. Confiado a la ventaja ganada, el inglés iba a pasar paralelo en sentido opuesto al AEG para ponerse a la cola del bombardero.

Reinhart aguardó un segundo a que ya no hubiera opción de corregir la maniobra y abrió fuego con la ametralladora. El piloto británico no había contado con que las armas del AEG no estaban fijas como las suyas y podían disparar con cierta deflexión.

La hélice del Airco pareció desprenderse a cámara lenta y destrozó la cola mientras el piloto se desplomaba hacia delante. Werner viraba para no perderle de vista. Observaron como caía en espiral partido en dos. La hélice seguía girando mientras caía a cierta distancia de los restos. A pesar de las ordenanzas sobre derribos, no quisieron quedarse a ver el horrible espectáculo y prosiguieron con su misión de fotografiar blancos. Un “lanzador de cebollas” había empezado a dispararles y ese tipo de antiaéreos, aún escasos, no solían andar lejos de objetivos interesantes.

En tierra de nadie había un nuevo montículo de escombros ardiendo. Los restos de un hombre asomaban bajo lo que antaño fue la cabina de un avión del Royal Flying Corps (RFC). Yacía boca abajo y las llamas lamían su abrigo de cuero. Nadie iría a buscarlo, la próxima ofensiva enterraría sus restos carbonizados, para entonces ya apagados. Una carta y una fotografía comenzaban a prender en la cartera del interior de su bolsillo.

En el bimotor comenzaba una carrera por salir de la zona antes de que una patrulla los alcanzara. Uno de los globos británicos ardía a lo lejos. Reinhart pensaba en los hombres que acababan de morir. Uno de ellos por su propia mano.



En la retaguardia enemiga, una patrulla británica se acercaba a los restos del aparato alemán que había realizado un aterrizaje envuelto en llamas. Se había detenido tras chocar con los restos de lo que fue un fuerte árbol antes de la guerra. El piloto gateaba por el suelo convertido en una auténtica antorcha humana. Uno de los soldados se abalanzó sobre él con su capote para apagar las llamas y un segundo finalmente reaccionó para ayudarlo. Su rostro estaba horriblemente desfigurado, había ardiendo por completo su cuero cabelludo junto con el gorro de cuero.

- ¡Pide una camilla! – gritó a uno de los que permanecían en pie sin hacer nada.

El piloto intentó decir algo, levantó la mano como para pedir ayuda y las fuerzas le abandonaron. Su cabeza cayó hacia atrás en brazos del soldado inglés que cuidadosamente recuperó su capote dejándole en tierra.

- Ya no importa Higgins. Lo enterraremos aquí mismo.

Aunque no fue confirmado por tierra, el derribo fue acreditado por el testimonio de Werner y del otro ametrallador. El hecho de cobrar unos pocos Marcos más por haberle quitado la vida a un hombre era algo que rechinaba en la conciencia de caballero de Rudolf. De hecho, se negó a aceptarlos para sí. Había matado a un hombre, sí, pero no por dinero.

Esa “gratificación” era una broma de mal gusto. Salió a caballo nada más cobrarla con el dinero en el bolsillo en dirección al pueblo.

No tardó en encontrar un grupo de niños franceses que jugaban en la plaza. Apenas le vieron corrieron a esconderse.

Todos menos una niña de unos diez años a la que faltaba una pierna. Rudolf descendió de Bengel y se dirigió a la niña en un perfecto francés distintivo de la aristocracia europea.

- ¿No tienes miedo de mí?
- Si pudiera correr lo haría señor.
- Tu pierna...¿Fuimos nosotros?
- Recibí un disparo el año pasado.

Los pómulos de la niña estaban afilados por el hambre, sus brazos y su piernita eran como dos alambres que asomaban bajo el vestido y el abrigo. Rudolf echó mano del dinero en su bolsillo y cogió el dinero del derribo para dárselo. Lo pensó mejor. La niña le miraba expectante. Sacó la cartera y dobló la cantidad. Se detuvo a contemplar la foto de Helga un segundo.

- Toma. Dáselo a tus padres.

La niña tomó el dinero estupefacta mientras el soldado volvía a montar.

- Se lo daré a mi abuela.
- ¿No tienes padres?
- No señor.

Con el corazón lleno de pesar Rudolf regresó hacia el aeródromo a paso lento. Entretanto, no sólo los niños sino los vecinos que habían permanecido ocultos fueron saliendo de sus casas.

Al llegar a la granja que hacía de comedor y sala de operaciones se encontró con que todos estaban aguardándoles. Les había sido concedida la Cruz de Hierro de 1ª clase por sus destacados servicios en mejorar la seguridad de los aviadores alemanes ante el fuego amigo, la excelente hoja de servicios en la unidad y, en palabras de su comandante, “por su heroica acción más allá del valor, del 6 de Febrero de 1916 que concluyó con el derribo de un aparato de exploración enemigo”.

No era este el único motivo de celebración. Se había desencadenado una exitosa ofensiva en Verdún. El ejército bajo el mando del príncipe Guillermo avanzaba victorioso arrasando fuertes camino de la ciudad fortaleza. La buena noticia hizo asomar una sonrisa a los labios del austriaco. Poco a poco, las canciones y el vino disiparon su inicial melancolía.

“Viena, Marzo 1916.

Lieber Rudolf.

No sabes cuanto más feliz soy desde que llegaste con Monique hace 2 semanas. Las dos lamentamos profundamente que tu licencia no durase más. Quisiera que estuvieras aquí para poder demostrarte en persona cuán orgullosa me siento de ti por

haberla recogido en su desdicha. Cuando pienso que la pobre criatura no tenía más familia que a su abuela y lo que tuvo que sufrir con su mutilación y viendo morir de hambre a la anciana...

Siguiendo tus instrucciones estoy guardando el dinero que me mandas para ella, convirtiéndolo en francos cuando me resulta posible sin levantar sospechas a través de los negocios de mi padre.

Paso con ella día y noche como si fuera mi hermanita pequeña y me acompaña a todas partes. Le encanta viajar en automóvil y probarse vestidos. Al principio le daba un poco de vergüenza pedirme nada pero creo que me está tomando cariño y me empieza a ver como a su madre.

Te adjunto unas líneas que ha querido escribirte. Por supuesto la letra es mía pero ya le he puesto clases para que aprenda alemán, y a leer y escribir.

Sé que antes o después tendrá que volver a Francia pero me gustaría que pudiera disfrutar del cariño de un hermano antes de que se convierta en una mujer. Debes volver pronto para casarnos. No importa que no puedan asistir todos los invitados que queríamos por culpa de la guerra. Todos los días que pasen, los perderemos para siempre.

Sufro enormemente cada día que paso sin noticias tuyas. Por favor escribe más a menudo.

Tuya siempre

Helga Wiener”

“Estimado Sr. von Reinhart:

Fräulein Helga es muy amable conmigo y lo pasamos muy bien. Me ha comprado muchos vestidos bonitos y muñecas y me ha llevado a ver carreras de caballos. Me ha dicho que cuando tenga 15 años me enseñará a montar a pesar de que me falte una pierna.

La semana que viene iremos a Hamburgo a visitar a Fräulein Ingrid y me han dicho que podremos pasear en su barco por la costa.

Viena es muy bonita aunque no creo que sea tanto como París. Mi abuela decía que era la mejor del mundo. Por favor no la rompáis como mi pueblo.

Rezo a Dios para que no le pase nada y termine la guerra en mi país cuanto antes. Dios les guarde a Vd. y a Francia.

Muchas gracias por todo.

Monique Soissons”

La verdad es que ahora estaban bastante alejados de París. Apenas había pasado un mes de ofensiva y ya se habían solicitado ingentes cantidades de reemplazos.

Cinco días atrás había llegado un telegrama solicitando todos los pilotos veteranos disponibles de otros sectores del frente. Sus puestos vacantes serían cubiertos por novatos recién salidos de las escuelas de vuelo.

Werner y Rudolf, así como otros pilotos y observadores de otras unidades pasaron de golpe al arma de caza.

Ahora eran pilotos de Fokker Eindecker. Habían pasado de protegidos a protectores. En aquel sector era más que necesario. Los Nieuport 17, aparatos fabulosos y disponibles en gran número, superaban en prestaciones a todos los aparatos alemanes disponibles hasta la fecha. La apuesta era muy alta. Había que desangrar a Francia en Verdún, pero sin desgarnecer el resto del frente por completo.

El listón estaba muy alto. Había que despegar antes del amanecer para que al llegar las primeras luces del día, las patrullas aéreas se encontraran en posición favorable sobre el frente. Parejas de aviones de exploración o ases en solitario pululaban por la zona en espera de los Aviatik BII alemanes que intentaban realizar su misión de vigilancia de actividades enemigas.

Por supuesto, los Spad, Nieuport y Airco no se quedaban cruzados de brazos y tomaban sus propias medidas. La masacre en el aire, era una reproducción a escala de la tragedia que sucedía en tierra. Muchos pilotos llegaban por la mañana y al llegar la tarde ya habían muerto. Ni siquiera habían tenido tiempo de deshacer el petate.

La base de la Jasta “Bergmann”, pues así se llamaba el comandante, estaba emplazada junto a las ruinas de lo que una vez fue un pueblo francés. Los pilotos vivían en tiendas de campaña, frías y húmedas. Se habían reconstruido un par de graneros de madera para usarlos como hangares. En el extremo Norte del campo estaban las ruinas de la Iglesia, de la cual, sólo los gruesos muros medievales de piedra habían resistido. En el suelo había una escalera, un bote de pintura y una brocha. Prácticamente cada atardecer, un alemán subía y escribía un nombre más con la fecha del día en la pared interior. El nombre de uno más que no llegaría a ver el final de la guerra.

Los sentimientos de la escuadrilla no eran fáciles de explicar, ni siquiera por carta. Las palabras no eran suficientes o quizás no lo eran las palabras normales.

*“Llegaron por la mañana, llenos de vida y esperanza.
Subieron a los cielos con la grandeza de los ángeles.
Esperamos su retorno más no volvieron.
Brindamos por su memoria pero no se fueron.
Al cerrar los ojos los vemos.
Son más felices que antes.
Ahora viven por siempre.
Nunca morirá su gloria”*

Werner plegó el papel mientras los asistentes dirigían una fugaz mirada a los puestos vacíos. El silencio reinaba en la tienda comedor. Incluso los camareros se habían detenido en señal de respeto. El capitán Bergmann alzó la copa de vino poniéndose en pie, seguido por los presentes:

- Pronunciemos sus nombres una última vez. Por Schiller y Neuberg.
- Por ellos – respondieron al unísono

Inmediatamente después cambió el ambiente, volviéndose alegre e informal. Pensar no ayudaba en nada, puede volverte loco y no sirve más que para sufrir. Eso era algo que sabían bien los miembros de la unidad. Podías acabar suicidándote como el joven Pöhl que, no pudiendo soportar la tensión se pegó un tiro en la cabeza.

No tenía ningún sentido con tanto francés e inglés deseando ahorrarte el trabajo. Las bromas y los chistes se sucedían. La realidad estaba allí pero, a quién le importaba cuando se podía prescindir de ella.

A nadie preocupaba ya por qué empezó la guerra, a nadie importaba quiénes eran los enemigos ni por qué luchaban ellos. Había que pasar la guerra lo más confortablemente posible y, si te mataban,...pues mala suerte. Al fin y al cabo, a muchos buenos amigos les había tocado ya antes. Al menos estarías en buena compañía. No había más futuro que el inmediato y, seguro que sería en guerra.

La vida en paz era un recuerdo borroso. El amor por las novias y esposas era un sentimiento extraño, se notaba su ausencia como un cuchillo. Rememorarlos era como ver una película en la que no es posible reconocerse en ese hombre extraño. Volver de permiso era casi una experiencia traumática. Ellos permanecían igual que siempre; tú no. Nada volvería a ser como antes. Sólo existía la guerra. Un mundo sencillo y simple por el que se pasaba efímeramente en la mayoría de los casos. ¡Las complicaciones y problemas de la vida civil parecían ahora tan ridículas y triviales!
Nadie iba a volver. La guerra duraría siempre.

Y así fueron pasando los días. El capitán murió en combate y otro le sustituyó. Las minas seguían levantando enormes géiseres de barro y restos humanos. Al invierno, sucedió la primavera, a ella el verano y otra vez el invierno. Los Monoplanos fueron retirados y les asignaron unos Pfalz DIII. Los aviones de exploración se reorganizaron en Jastas y ellos formaron parte de la 15.



Ahora nunca subían solos. A menudo se cruzaban con la famosa Jasta 11 de Bölcke sobre las líneas enemigas. Era un milagro que con tan mala visibilidad no se atacaran entre sí.

En principio, los Pfalz D sólo se diferenciaban de los Albatros D en la potencia del motor, menor en los primeros. Por lo demás poseían la misma potencia de fuego devastadora, dos Spandau, y más o menos los mismos límites operativos.

Los ingleses también habían mejorado sus máquinas pero seguían actuando desorganizadamente. Los SE5 y los Pup eran ligeramente manejables pero lo verdaderamente preocupante era la impresionante fuerza de bombarderos que empezaban a reunir con los RE8 y Fe2b como punta de lanza.

Enjambres de estos biplazas machacaban las trincheras y las posiciones artilleras a la primera oportunidad. Insensibles a las pérdidas despegaben cada día a cumplir sus misiones de hostigamiento, en ocasiones incluso contra los mismos campos de aterrizaje. Sus bombas ya no eran meras granadas lanzadas a mano.

El cansancio podía verse claramente en los rostros de Werner y Rudolf. Su mirada había perdido el brillo de la juventud. Odiaban lo que hacían pero en el aire se transformaban en seres sin corazón. A menudo tenían que hacer un esfuerzo para retirar la mano del accionador de las armas cuando el enemigo había sido abatido. Era como si en combate no controlasen sus actos. No pensar, actuar. Un instinto desarrollado y una respuesta física rápida. Eso era lo que les separaba de los muertos.

Werner había estado de permiso recientemente y había vuelto a la Jasta hacía pocos días. Aquel había sido su primer combate tras regresar. Se habían enfrentado a 3 RE8 escoltados por 2 SE5. El combate había sido muy duro y, a pesar de haberlos sorprendido, los alemanes habían perdido 2 aparatos: El mismo número que sus oponentes. El austriaco, que no había salido en aquella patrulla salió a recibirlo. Caminaba por la pista despacio, muy despacio. En su rostro, la marca de las gafas contra el hollín del humo de las ametralladoras. Sus compañeros le habían rebasado también bastante callados.

- ¿Ha habido mala suerte?
- Puedes llamarlo así, Ball otra vez. Teníamos toda la ventaja cuando ese cerdo salió de la nada rompiendo nuestro ataque.
- Bueno, al menos os queda el orgullo de que hayan tenido que recurrir a su as para frenaros.
- ¡Cuéntaselo a Holm y Hermann!
- ¿Qué te pasa? No eres el mismo desde que volviste de casa. Esto es así, tú lo sabes bien.
- ¿Quieres saber lo que me pasa? – se detuvo en seco arrojando el casco y las gafas al suelo – Pasa que me he convertido en un monstruo sin corazón y no me gusta.
- Vamos Werner, sólo estás cansado.

- Ya habrá tiempo para descansar cuando estemos muertos.

Su amigo le tomó por el hombro reempiendo la marcha.

- Si te sirve de consuelo, seguro que Ball no está mejor que nosotros.- bromeó.
- Al cuerno con Ball y todos los ingleses – rompió Werner en una carcajada.
- ¿Le diste a alguno?
- No lo dude Excelencia. Mandé a uno de los biplazas calentito a sus trincheras.

Ball, el héroe británico murió pronto. También Oswald Bölcke, el maestro de los alemanes. Otros ases surgieron, muchos más murieron.

Condecoraciones en cojines sobre ataúdes vacíos. Un funeral casi cada día.

Rudolf fue el primero de los dos en recibir la “Pour le Mèrite”. Leyendo los apasionantes relatos sobre Voss, von Richtofen y otros, se sentía muy lejano a su maestría. La “Blue Max” le fue otorgada el día que se conoció la muerte de Voss.

La mantuvo en la palma de su mano al quitársela para dormir. ¿Merecía la pena tanta sangre por un pedazo de metal? ¡Qué lejos quedaba el asesinato de Sarajevo y sus días en caballería! Era parte de otro mundo, de otro tiempo que se perdió, recuerdos con sabor a sueños rotos.

¡Debía mantenerlos vivos! ¡El mundo anterior era tan hermoso!

Se estaba formando un nuevo orden. Fuera el que fuese el resultado de la guerra, no le gustaba. Deseaba volver al mundo de su niñez a la felicidad y esperanzas de los primeros años del siglo.

Se le antojó la muerte como una especie de selección para que los “mejores” no tuvieran que sufrir viviendo el nuevo mundo y por un instante les envidió.

¡No! Él no quería morir. Aunque el futuro no presentase esperanza alguna. Sin embargo su hora no debía estar muy lejos. Sólo quedaban 4 pilotos de la Jasta Bergmann original, y Wöller había quedado relegado a tierra por sus heridas hacía 3 meses. “Tan sólo es cuestión de tiempo”, pensó para sí.

Estaba cansado. Nada le interesaba. Se tendió en la cama boca arriba sin quitarse ni las botas.

Helga. ¿Cómo era? ¿Cómo sonaba su voz? Sólo recordaba sus ojos. Esa mirada coloreada en la fotografía. Ella era importante. Recordaba que era importante en su vida. La conoció en el viejo mundo. No se merecía padecer la agonía de vivir en este pero no podía hacer nada para evitarlo.

En el piso de abajo sonaba una triste melodía en el piano. Cerró los ojos e intentó verla a las teclas con su vestido de noche hace un millón de años. A la luz de la Luna, en la mansión en que se celebraba el baile donde se conocieron, en aquella sala apartada del

bullicio de los invitados. Volvió a sentarse imaginariamente a su lado y asistió imaginariamente de nuevo al concierto.

Era la misma melodía que interpretaba alguno de sus compañeros en la sala de la planta baja.

Su prometida era casi una niña por aquel entonces. Su piel, blanquísima como la de una virgen de mármol. Detuvo unos instantes sus elegantes manos cruzándolas en su regazo.

- ¿Por qué has venido? – le preguntó sin atreverse a mirarle
- Te seguí. – confesó sin apartar su mirada de su rostro.
- ¿Por qué?
- No sabría explicarlo. Me gustaría seguir escuchándote tocar, por favor.
- No deberías estar aquí.
- ¿Y tú?

Helga reemprendió la melodía sin responder. Rudolf se levantó de su lado y ella se detuvo una vez más.

- ¿Querías tocar para mí? – casi le suplicó cabizbaja.

Rudolf regresó a su lado. Su mirada no se apartaba de él ahora. Lloraba.

Deslizó las manos sobre el teclado repitiendo la misma melodía que ella interpretó instantes antes. Segundos después la joven recostó la cabeza sobre su hombro. Con regueros de lágrimas por sus mejillas, el oberleutnant von Reinhart se había dormido.

En sus sueños los compañeros caídos continuaban vivos y era muy agradable volver a estar con ellos. Entonces, uno recordaba que estaban muertos. Efectivamente, habían fallecido y la alegría se tornaba melancolía. A menudo incluso lo recordaba en el sueño: “Tú estabas muerto”; y el amigo lo aceptaba con naturalidad.

Sí. En los sueños aún no habían desaparecido los recuerdos de los buenos tiempos pero se era consciente de que eran falsos. Si te despertabas cerrabas los ojos con fuerza intentando retomar la ficción del periodo de letargo. Era inútil.

A veces era peor, cuando llegaban las pesadillas angustiosas. Una de las peores era cuando te encontrabas con un desconocido que te repetía sin cesar que le mataste, que por qué le abrasaste en su avión.

No había descanso tampoco en el sueño. No se podía aspirar más que a una vida de melancólica nostalgia. Era lo único bueno que quedaba.

1918

En Viena empezaba a aparecer el hambre. Incluso en la casa de los padres de Helga el menú había quedado reducido drásticamente a un solo plato en función de las existencias del racionamiento. La mansión había perdido su luz y su alegría. El imperio se desmoronaba y la joven vivía cada instante con la misma angustia que su prometido, pendiente siempre de la carta que, en cualquier momento, le anunciara su fallecimiento.

La joven no alcanzaba a comprender que estaba sucediendo. Serbia había sido finalmente aplastada, el frente italiano se mantenía y Rusia se batía en retirada. ¿No deberían estar nadando en la abundancia? ¿Por qué seguía la guerra? El imperio había alcanzado sus objetivos pero sus enemigos no se rendían. Se obstinaban en mantener una guerra demasiado costosa e inútil. ¿Cómo podía Italia financiar sus ofensivas? ¿Cuántos hombres podían perder en cada ofensiva sin que las tropas se desmoralizasen y huyeran? ¿Cuántas batallas más habría de haber en el Isonzo o en las nieves de los Alpes?

La situación alemana era ligeramente mejor aunque la fe en la victoria era muy superior. Aparentemente, los submarinos sembraban el terror en el Atlántico y las victorias en el Este se sucedían.

Ingrid acunaba por entonces a su primer hijo, Wolfgang. La maternidad parecía haber robustecido a la enfermiza joven que se mostraba más vital que nunca. Su marido había sido trasladado a un destino más bélico en el puerto de Trieste. Allí se encargaba del abastecimiento de los U-Boote alemanes que actuaban en el Mediterráneo. Sentía como propios los logros del arma de submarinos: la única rama de la marina que combatía de verdad al enemigo. Estaba deseando que su hijo aprendiera a caminar para vestirle con el uniforme de la Kriegsmarine.

El pelotón de fusilamiento fue rápido y eficaz. El condenado, un hombre de unos 50-60 años soportó con digno silencio sus últimos segundos. El mismo emperador Carlos II asistió a la ejecución. Dos soldados recogieron el cadáver por las axilas llevándolo al interior de la prisión inmediatamente. El pelotón se retiró marcialmente. Helga había llevado a su padre en la silla de ruedas a la escena:

- No es justo – se lamentó el anciano banquero – Sólo miraba por el interés de Austria.

La viuda, de riguroso luto asió la mano de su futura nuera enjugándose las lágrimas. Su alteza aguardó a que se retirase el cadáver para acercarse a los familiares.

- No teneis porqué abandonar Austria condesa. Máxime cuando habéis perdido a vuestro marido por seguir mis órdenes.
- Excelencia, comprendemos que no pudierais reconocer en público que le habíais solicitado ir a negociar un armisticio por separado. Mi marido aceptó los riesgos; pero el honor de nuestro nombre no puede soportar que se nos considere unos traidores. Estoy decidida a abandonar Austria.
- No puedo evitar que la autoridad militar embargue vuestros bienes pero puedo encargarme de que no os falte de nada en Viena.
- Está decidido, me voy.

- Cuando acabe la guerra me encargaré de restituir esta injusticia.
 - Os lo suplico... por mi hijo.
-

La sorpresa de Rudolf fue mayúscula cuando al volver de la misión le llevaron a reunirse con su prometida en la sala de operaciones del campo de aviación. Helga aguardó a que cerraran la puerta para acercarse despacio y cabizbaja. El piloto presintió algo terrible.

- ¿Qué sucede? No estarías aquí si no fuese algo muy grave.
- Se trata de tu padre, Rudolf.
- ¿Qué sucede? ¿No habrá...?
- Sí, Rudi, ha muerto.

La joven tomó aire intentando reunir valor:

- Lo fusilaron.
- ¡Qué!

La muchacha explicó lo sucedido al piloto que, aturdido, se había sentado en una butaca con aire ausente.

- De momento vivimos con mi hermana en Hamburgo.

El piloto metió la mano al bolsillo y arrojó al suelo un gran fajo de billetes.

- Compra una casa. No importa lo cochambrosa que sea. No vamos a volver a Austria nunca.
- Pero Carlos prometió...
- ¡Carlos ha permitido que fusilen a mi padre! No mantendrá la corona sobre su cabeza cuando esto termine. Es demasiado débil.
- Hizo todo lo que pudo. Él deseaba detener la sangría tan sólo. Los dos le respetamos a pesar de todo.
- Eso no le mantendrá en el trono...ni devolverá la vida a mi padre.

Helga se arrodilló a sus pies apoyándose en sus rodillas.

- Tu madre es una dama. Permite que se quede con mi hermana que es un lugar más acorde a su clase.
- Por eso no puede aceptar caridad de nadie. Ni siquiera de tu familia.
- Está bien. Se hará como tú digas.- continuó tras hacer una pausa – Hay algo más que quería hablar contigo ya que he venido hasta aquí.
- ¿Cómo se encuentra Monique?
- Muy triste. Quería mucho a tu padre. Rudi, sobre lo nuestro...
- ¿Quieres casarte conmigo?
- De eso quería hablarte.
- ¿Te va bien ahora?

Había querido decirle que no deseaba demorar mucho la fecha pero la frialdad con que se lo había propuesto la hizo dudar unos instantes.

- No tiene sentido esperar más “Heli” – como la llamaba en privado – Nunca tendremos la boda que soñamos. Cuanto antes mejor.
- Está bien cariño. Ahora si lo deseas.

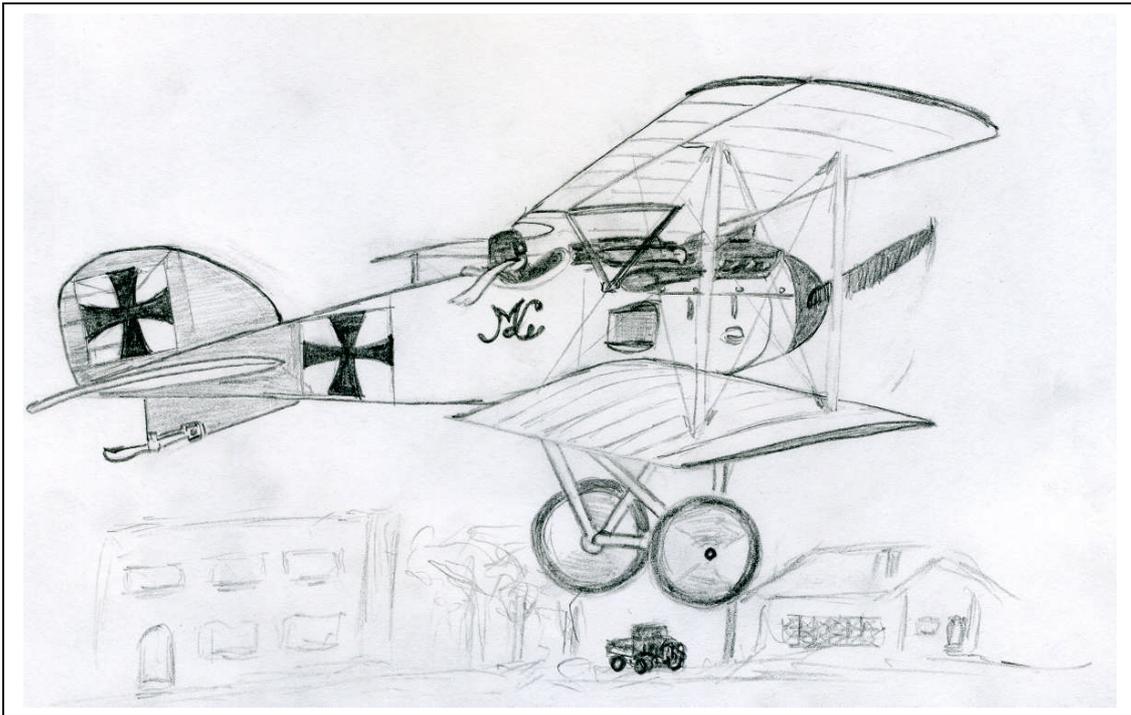
Tomándola de las manos se incorporó y caminó hasta la puerta para despejar el paso a su prometida que se colgó de su brazo con cierta intranquilidad.

Fuera aguardaba Werner conversando con un grupo de oficiales. Él también había presentido malas noticias al enterarse de la presencia de la dama en la base.

- ¿Os apetece asistir a una boda? Kessinger, eres el padrino.
- ¿Cuándo?
- Ahora.
- Será un honor, por supuesto. – aceptó escudriñando el rostro de la pareja. Le pareció que ninguno de los dos era demasiado feliz pero no dijo nada al respecto.

Heinz Portmann, era el oficial al mando de la unidad. Al igual que Kessinger, procedía del 2º Hanseático y vivía en las afueras de Hamburgo. Durante la ofensiva de 1914 recibió una condecoración por las heridas sufridas contra el 5º Ejército del general Lanrezac en el Aisne. A su retorno le habían destinado a suministros. Aguantó 6 meses antes de solicitar su ingreso en el arma aérea.

En los días felices de los Fokker se anotó 10 victorias rápidamente, lo que le supuso el mando de un grupo aéreo de instrucción. A la muerte del capitán Bergman se le transfirió al mando de la Jasta junto con un gran número de reemplazos y aparatos nuevos Albatros DV. De sus días en aprovisionamiento le acompañaba siempre su novia francesa, Marie Laure. Temerosa de posibles represalias de sus compatriotas había abandonado su pueblo natal y su familia acompañando al oficial que la cuidaba con todo esmero. La joven francesa era toda una belleza latina de piel y ojos oscuros, discreta y con el inocente encanto de las campesinas. Había aceptado convertirse en la madrina del escuadrón y era habitual que todos los pilotos le hiciesen regalos pero sus atenciones eran sólo para Portmann.



Estar cerca de la Jasta 11 había influido mucho en la unidad. Von Richtofen visitaba a menudo las demás unidades sobre todo cuando algún piloto alcanzaba cierto renombre. Intentó llevarse a Kessinger pero el interesado gentilmente declinó la oferta. Werner consideraba que sería de más utilidad en la 17. Lo que no hubo manera de contener fue la pasión por pintar los aviones con colores estridentes.

El DV del capitán era azul brillante y rojo con las iniciales de su chica artísticamente pintadas al final del fuselaje. El de Werner era un Albatros amarillo de señales con la cola azul y una saeta blanca apuntando hacia delante en el fuselaje. Rudolf pilotaba aún el mismo Pfalz, negro con la cola azul y alas amarillas. Bajo su cabina había un dibujo de un Edelweiss en color blanco.

No era casualidad el azul en la cola. Era el color de identificación de la Jasta, lo mismo que el rojo era de los pilotos de Richtofen o el negro el de otra unidad vecina. Servía para reconocer los aviones en el aire y facilitar los informes. El verde se evitaba en la medida de lo posible en aquel sector para no ser confundido con un inglés que, predominantemente usaban este tono. El blanco tampoco era muy apreciado pues algunos aparatos franceses y unos pocos ingleses del RNAS habían elegido esta tonalidad.

La máxima de aquellos días era que usar camuflaje, aparte de ser una cobardía, no tenía sentido en el aire. No ser reconocido inmediatamente podía provocar que te disparase un compañero o las unidades de tierra. Bueno, en realidad, desde tierra disparaban a todo lo que volara fuese amigo o enemigo. Al fin y al cabo, tras la matanza de ingleses de Abril, había quedado claro que el camuflaje no les había servido de mucho.

Helga acariciaba con la punta de los dedos el edelweiss del avión de Rudolf cuando llegó el capitán con su novia.

He pensado von Reinhart que Marie Laure podría ayudar a su prometida a arreglarse un poco antes de la boda.

- ¿Entiende Vd. francés, fräulein Wiener?
- Oui, je parlez française un peu.

La muchacha francesa mostró una amplia sonrisa, feliz de poder hablar al fin con otra mujer. Ambas jóvenes se fueron juntas en animada conversación.

- No sé cómo agradecersele capitán.
- Para mí es suficiente con verla sonreír de nuevo. Se siente muy sola y echa mucho de menos poder hablar con chicas de su edad.
- Nunca me dijo nada.
- Ella le tiene mucho cariño oberleutnant. Es de los pocos que hablan francés con fluidez y agradece mucho su falta de resentimiento hacia su patria.
- Francia no tenía que habernos declarado la guerra nunca. No iba con ellos.
- La verdad es que fuimos nosotros los que se la declaramos pero da igual, nos hubieran atacado antes o después.
- Es lamentable que una nación civilizada pueda acabar aliada con salvajes asesinos por culpa de sus políticos. ¿Cuántos más deben morir para que se rindan?
- Marie me contó que tiene adoptada una huérfana francesa.
- Monique, sí. Acaba de cumplir 9 años pero doy por hecho que algún día querrá volver a su tierra.
- No esté tan seguro. Ha habido demasiadas muertes. Mire como están los campos y los bosques. Esta guerra no se olvidará tan fácil. Es posible que después de esta no vuelva a haber más guerras en el mundo nunca más.
- Nos ha cambiado la vida a todos desde luego.
- ¿Cuántos derribos lleva?
- ¿Confirmados? 26.
- Y siguen viniendo...El mundo seguirá adelante con o sin nosotros von Reinhart. No sirve de nada llorar por lo que hemos perdido. Ahora tenemos la oportunidad de recrear lo bueno del pasado omitiendo sus errores. Por eso tenemos que sobrevivir.
- Lamento no poder compartir tan optimista enfoque. A mí me gustaban las cosas tal y como estaban, pero eso ya es imposible. Lo único que puedo hacer es cerrar los ojos y seguir con la decisión que tomé al principio de todo este jaleo. Estoy seguro que fue la decisión correcta.
- Su sentido del deber es realmente encomiable.
- Se lo agradezco mi capitán.
- Nos guste o no, esta guerra es hija nuestra von Reinhart: de nuestro viejo y querido orden. Debemos aceptarlo. Nuestro tiempo ha pasado.
- Lo sé, y es un sentimiento horrible porque, si el fin de esta guerra marcará la aniquilación de todo lo que conocíamos, entonces no deseo que finalice jamás.
- Usted mismo se ha contestado. Ellos sienten lo mismo. No se rendirán nunca y nosotros tampoco. Siento lástima por ellas, Marie Laure y su prometida, por su hija adoptiva y todos los niños del mundo.
- Hay quien dice que esta será la última guerra.

El capitán esbozó una breve sonrisa amarga.

- Sólo si perece la raza humana en esta, amigo mío. Sólo entonces. El que pierda volverá a levantarse con los años. ¿Acaso no lo han hecho los franceses a pesar de nuestras precauciones tras Sedán?



La Ofensiva de la Paz

Una gran algarabía se levantó en torno a un mensajero que acababa de llegar en motocicleta. Los soldados gritaban lanzando las gorras al aire. Un mecánico se acercó a los pilotos que acababan de regresar de la última patrulla corriendo radiante de felicidad.

- Los rusos - se detuvo jadeante - ¡Se han rendido!

El capitán se dejó caer en el frío suelo para luego tenderse estallando en carcajadas.

- ¿Cómo ha sido? – le interrogó Rudolf
- Ese mensajero ha traído un comunicado oficial del cuartel general imperial. Los bolcheviques han firmado una paz por separado con nosotros esta misma mañana.

Estaba a punto de sentirse feliz cuando recordó que nunca volvería a casa. Se limitó a sonreír en silencio mientras sus compañeros se abrazaban entre sí. Una mano sobre su hombro le sacó de sus pensamientos.

- Ahora sí, Rudolf. Pondremos fin a esta guerra como debía haberse hecho hace mucho tiempo. Terminaremos con esta sangría.
- Ojalá no fuese necesario derramar aún más...¡Lo haremos!

La artillería tronaba día y noche. Desde el aire se veían las perezosas nubes de gas clorine y mostaza reptando sobre las trincheras enemigas. Continuas formaciones de hombres como hormigas marchando dirección al oeste y a poca altura, sobre ellas el gran duelo.

Cansancio, dolor...todo desaparecía en el aire. Era la última ofensiva. Se iba a ganar la guerra por fin. 3 vuelos por día, 4, 5, 6...Un novato muerto. Un as con la "Pour le mérite" cayendo sin control. ¿Dónde estuve hace diez minutos? Desorientación. Disparos, sangre, humo y fuego, silencio eterno.

Los bombarderos enemigos atacaron al amanecer. ¿O fue al anochecer? Los aparatos están muy dañados o destruidos. Han llegado nuevos pero no hay tiempo de pintarlos. En unas horas hay que volar...

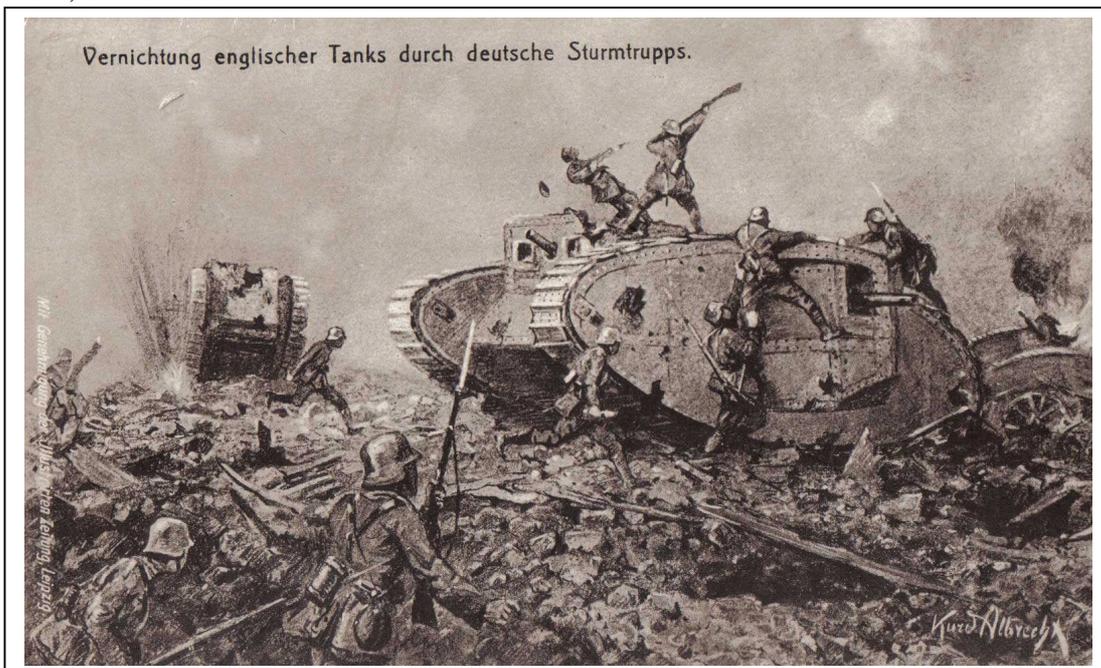
Tras el ataque, la Jasta reemplazó las pérdidas con Fokker DVII. Si tan sólo los hubieran tenido al comienzo de la ofensiva. El ataque aún progresaba pero estaba perdiendo velocidad. Había que tomar Amiens. Sólo hacía falta un último esfuerzo y se rendirían como los rusos.

Werner acababa de tener un hijo. Le habían bautizado Hans y, Helga había asistido como madrina a la ceremonia en representación de ambos. No podía fallarles. Ahora no.

Al despegar le habían informado que debían intentar neutralizar los tanques ingleses que amenazaban el flanco del avance. Para ello contaba tan sólo con las ametralladoras y unas pocas bombas de mano. Había que ganar tiempo para las fuerzas de tierra. Detenerlos unas horas podía ser suficiente para llevar artillería a la zona.

No era muy efectivo pero en Cambrai¹ había resultado. ¡Gracias al cielo que eran tan lentos!

El alma se le cayó a los pies. Los carros enemigos cubrían todo el horizonte. Marchaban en grupos de 3, algunos cargados con enormes haces de leña. Por detrás de ellos marchaba la infantería: miles de hombres perfectamente equipados y, aunque él no lo sabía, alimentados.



¹ Primera ofensiva aliada con blindados en 1917

Realizó la primera pasada sobre uno de los vehículos seguido por su patrulla. La granada falló por poco y el monstruo siguió su camino. El fuego desde tierra era muy intenso. La madera crujió al realizar el viraje para atacar de nuevo. Alguien había tenido éxito pues una columna de humo se levantaba de uno de ellos detenido. Preparó otra granada, la sacó por la cabina y la soltó. Mientras ganaba altura iniciando el viraje pudo ver como el tanque perdía una de las cadenas comenzando a girar en círculo.

Los disparos silbaban a través de la tela de los biplanos. La lona desgarrada ondeaba con el viento con un sonido grave. Uno de los Fokker describió un medio tonel y cayó a tierra como una piedra. Probablemente habían alcanzado al piloto.

Sintiéndose impotentes un par de DVII se separaron del grupo para ametrallar a la infantería que marchaba más atrás. Volando tan bajo resultaron un blanco más que evidente para los Enfield² ingleses.

El primero fue derribado en la segunda pasada. Una estela negra dejó paso a una intensa llamarada y una fulgurante explosión.

El segundo fue sorprendido por un par de Camels que acechaban a mayor altura. Todos pudieron verlo claramente en la distancia.

El ataque de los exploradores británicos sirvió de aviso para sus camaradas que así descubrieron el enorme enjambre de cazas Sopwith que se acercaba a intentar eliminarles. No tuvieron más remedio que abandonar su tarea.

Cinco tanques mkIV habían sido detenidos o inutilizados. Cinco de unos Cuarenta o más. Todo indicaba que aquello era el fin.

Los supervivientes regresaron a la base con las preocupantes noticias. Portmann pasó el resto del día al teléfono mientras, patrulla tras patrulla intentaba atacar el avance enemigo tan sólo para verse enzarzado en combate con el RFC³.

La Jasta convergió al día siguiente con las demás en una gran operación de gran envergadura. Una vez más, los británicos acudieron en masa. Las bajas en el aire fueron cuantiosas por ambos bandos. Los alemanes supervivientes estaban extenuados, la línea de defensa en tierra había sido barrida y ampliamente superada. La caballería enemiga campaba a sus anchas por la retaguardia. Esa noche se ordenó la retirada.

² Fusil standard de la infantería británica

³ RFC: Royal Flying Corps. Designación originaria que se convertiría en la RAF de hoy día.



La guerra seguiría a la defensiva, pero las tropas, mayormente ancianos, niños y lisiados, ya no tenían muchas ganas de luchar. Tenían hambre y estaban enfermos. Preferían comer siendo prisioneros.

En Viena, la autoridad había asaltado las barcazas alemanas que subían por el Danubio trigo desde Rumanía para dar de comer a la ciudad.

De pronto, la gente ya no quería luchar. Empezaba a haber altercados en las colas, delitos contra la propiedad y huelgas.

Entonces se sublevó la marina en Kiel y todo terminó tan rápido como había empezado.

Epilogo.

Tenían las botas rotas y el uniforme polvoriento de tanto caminar. Los camiones habían quedado abandonados en mitad de la carretera cuando se acabó la gasolina. Su amado caballo, Bengel, fue asesinado de un disparo cuando una muchedumbre furiosa se abalanzó sobre ellos con intención de comérselo. Jamás habían visto semejante voracidad y rapiña en el género humano. Si hubieran levantado un dedo para impedirlo los hubieran matado sin miramientos.

Rudolf y Werner ahora vivían en la misma calle. Uno enfrente del otro en un barrio obrero de Hamburgo. Miraron alrededor sin reconocer lo que veían ni lo que sucedía. Eran las mismas calles negras que había conocido Werner siempre pero antes no había gente muriendo de hambre tirada en las esquinas. Rudolf recordó por un instante el lujo y el esplendor con el que había vivido y fue consciente de que lo había perdido para siempre.

Los dos hombres se abrazaron llorando y se miraron a los ojos el uno al otro. Después, sin mediar palabra se separaron para ir cada uno a su hogar.

El viejo mundo había muerto.

Fin

Major von Reinhart

vegr45@yahoo.es